

Es rosa tan deseada,
de tan bello rosicler,
tan en extremo agraciada,
que todos la sueñan ver,
siendo de todos velada.

Que es esta flor peregrina
de la belleza el crisol,
su esencia á pensarla inclina,
pues por la luz se adivina
que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,
da al alma tantos enojos
cuanta espina la rodea,
pues siempre nace entre abrojos
la flor que más se desea.

Ya hubiera la oculta flor
ella mil veces cogido,
si tan dulcísimo error
no lo nublara el dolor
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo
fuera justo por demás,
y en su amante devaneo
se aviva más su deseo,
cuando la contempla más.

Tiene tan bellos colores,
que nadie habrá que se queje
si goza de sus primores...
¡Triste del dueño que deje
guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa
á alguno la rosa dió;
mas soñando cariñosa,
tantas regaló la rosa,
cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algún villano
la da cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves
pierde al dormir su delicia,
despierta, y con más süaves,
ve que el aura la acaricia,
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,
con ánimo más sereno,
ve las abejas volar,
que ansiosas quieren libar
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,
y tal descuella entre mil,
que puede jurar cualquiera
que es la mejor del pensil
la flor de la *Jardinera*.

Mas ¡ay! que en su devaneo
aguija tanto su idea,
que es aquella flor preveo
según cortarla desea,
la espuela de su deseo.

Y tal vez á algún villano
la dé cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,
la cortará; y es razón,
pues pasó la primavera,
no se pase de sazón
la flor de la *Jardinera*.

Y á fe que es muy justa cosa,
puesto que está sazónada,
que la *Jardinera* hermosa
coja el fruto de una rosa
con tanto afán cultivada.

Y que se trueque el rumor
de los céfiros süavés
en son más arrullador,
y los coros de las aves
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera
de aquel ameno pensil,
como ella, la *Jardinera*,
del huerto una flor no diera,
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;
si el dueño de ella se queja
vanos serán sus clamores,
porque es muy necio quien deja
guardar á las niñas flores.

A BLANCA

ROMANCE



N poco tienes mi dicha,
sabiendo que tu tardanza
llena mi pecho de angustias,
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,
ó al menos de hacerlo tratas,
que son los instantes siglos
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan
á tu voluntad ingrata
que des placer á tus gustos,
tal vez sirviendo á otra dama,
mientras te aguardo aterida,
junto á una reja sentada,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante
en la alta noche cantabas,
con tierno afán ponderando
mi ingratitud y tus ansias.

¿Adónde está la firmeza
de aquellas dulces palabras,
para tu bien acogidas,
y para mi mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras
se las llevaron las auras,
si no fué que en mis paredes
se quebrantaron por blandas.
Acuérdate de las veces
que me juraste con ansia,
mirando á la virgen luna,
tu fe, por su lumbré clara.

¡Jurábasme por la luna!
Por buen seguro jurabas,
porque es la fe de los hombres
como la luna, voltaria.»

Así se queja una niña
que con su amante soñaba,
quedando en brazos del sueño,
ya de esperarle cansada.

Las blancas sienes tenía
sobre la reja apoyadas,
con hondo afán espiondo
cualquier susurro del aura;
y oyendo estaba envidiosa,
cuanto otro tiempo envidiada,
necios llorar los amantes
la ingratitud de las damas.

Veía sombras informes
que sin rumores se alzaban,
y aquellas nieblas confusas
que van mintiendo fantasmas;
y ya mostrándose esquiva,
ya figurándose blanda,
vertiendo ahora sonrisas,
después derramando lágrimas,
la fe maldiciendo siempre
de los amantes que tardan,
entre amorosos suspiros,
desdenes, lágrimas, ansias,
ruidos, canciones, delirios,
sombras, nieblas y fantasmas,
en brazos quedó del sueño
junto á la reja sentada.

— Duerme, soñando placeres,
blanca paloma sin alas;
que son las dichas más puras
todas las dichas soñadas.

Duerme entre blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que harto será el desengaño
que te traerá la mañana.

¡Pobre inocente! sin duda
de algún tesoro que guardas,
por más que lo niegues, niña,
la mejor prenda te falta.

Mal haya el halcón que abate
sobre una alondra sus garras,
y hace críel de las suyas
pasto infeliz sus entrañas.

Mal haya, amén, el piloto
que el barco de la esperanza
bota en un mar de delicias,
sabiendo que en él naufraga.

Mal haya el pérfido amante
que astuto á una niña engaña,
ciego apurando hasta el fondo
de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,
de ser verdugos se alaban
por ser críeles y falsos,
una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo
que requiriendo tus gracias,
con sus razones, mis sueños
tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decía),
y no, ya que tu desdén
tormentos da al alma mía,
quieras que helado también
encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,
á tus amantes blasones;
baste que el aura amorosa
confunda en la noche umbrosa
con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama
el de tus ojos, bien mío,
que te amo tanto como ama
la mariposa á la llama,
y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante
en la alta noche cantaba,
en fe de amigo asaltando
de tu pureza el alcázar.

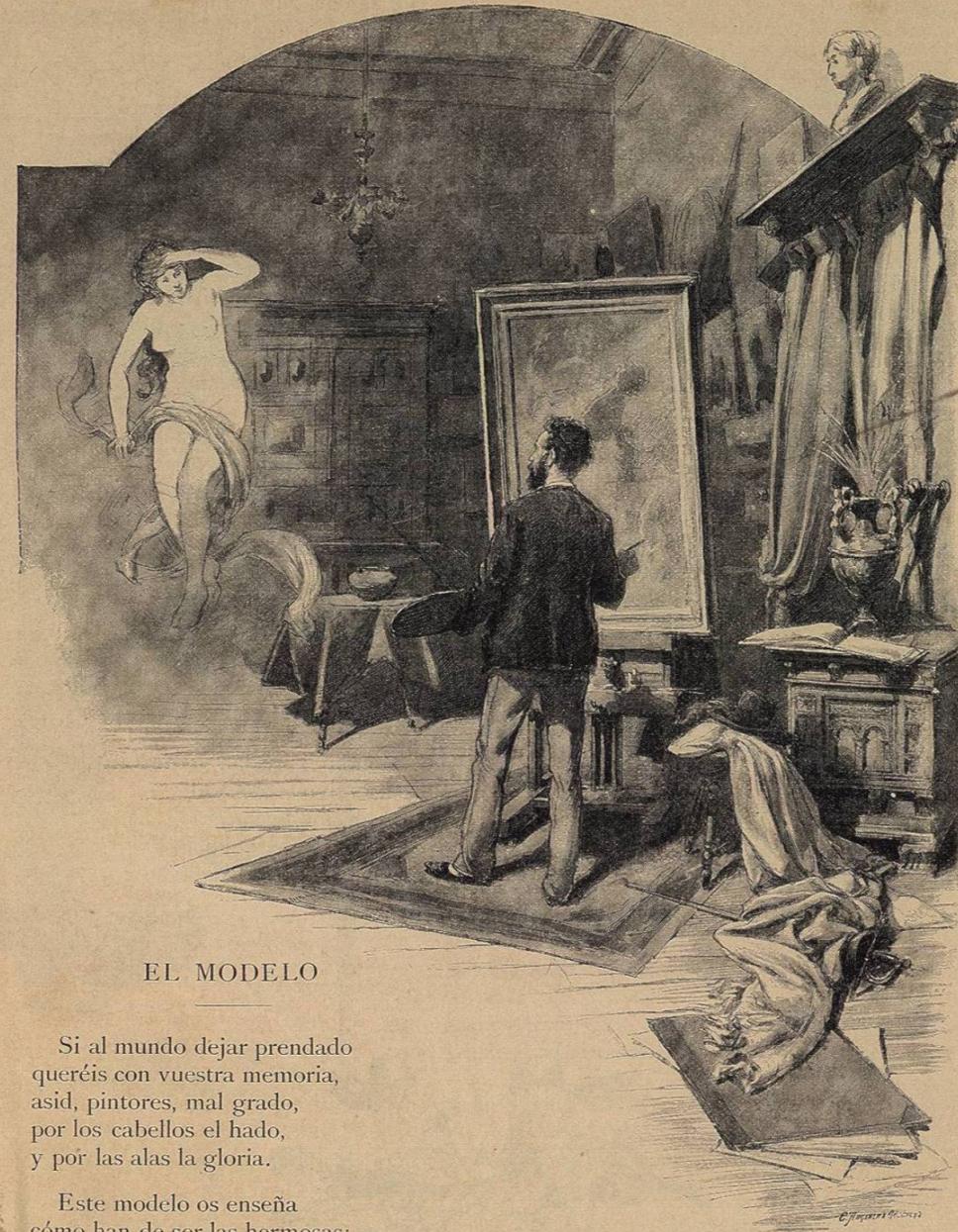
¡Ay! ¿quién dijera que el mismo
que estas endechas alzaba,
hoy te tendría esperando
junto á la reja sentada?

Quebráronse sus razones:
¿qué mucho que se quebraran,
siendo tus rejas tan duras
y sus razones tan blandas?

Llora tus gustos pasados,
pobre azucena olvidada;
que nada borra en el mundo
lo que no borran las lágrimas.

Tal vez se apague llorando
el fuego de tus entrañas;
aunque el remedio es inútil
cuando el enfermo dió el alma.

Y puesto que entre las sombras
te sales á la ventana,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha,
duerme entre el blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que harto será el desengaño
que te traerá la mañana.



EL MODELO

Si al mundo dejar prendado
queréis con vuestra memoria,
asid, pintores, mal grado,
por los cabellos el hado,
y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña
cómo han de ser las hermosas;
quien en copiarlo se empeña,
cual por encanto diseña,
en vez de mujeres, diosas.

Es el prodigio más raro
el bien que en el alma adoro;
cual nadie su gracia imploro,
y es justo que el más avaro
dé cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve,
blanco el cuello y sin aliño,
torneada la mano y breve,
la frente como la nieve,
y el pecho como el armiño.

Brotando desdén y amores,
pintad de sus ojos bellos
los transparentes fulgores..

Seguid, y no estéis, pintores,
embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma
de la mejilla y la frente,
y aquella tez transparente
que el lustre roba á la espuma,
y su pureza á la fuente.

Seguid el rico traslado
sin que una nube sombría
deje su esmalte eclipsado;
que hasta un vapor delicado
empaña la luz del día.

¡Gloria á los hijos de Apeles,
que imitando este modelo,
entre las sombras del suelo
trasladan con sus pinceles
los serafines del cielo!

Esas imágenes bellas
tan vagas y transparentes,
que, murmurando querellas,
van deshaciendo las fuentes,
cuando apresuran sus huellas;

Esa forma vagarosa
con que en la noche soñamos
leve, aérea, vaporosa,
imagen voluptuosa
de la mujer que adoramos;

Esos fantásticos seres
que altiva forja la mente



de ángeles, luz y mujeres,
fruto de un alma que siente
sed de amorosos placeres;

Esa memoria importuna
que ardiendo en amantes llamas,
ve al resplandor de la luna
sirenas en la laguna,
y sílfides en las ramas;

Aquellos vagos ensueños
tan deleitosos y puros,
que nos cercan halagüeños,
nunca sombríos ni oscuros,
y casi siempre risueños;

Esas hermosas visiones,
que van en plácido vuelo
robando los corazones,
y pasan como ilusiones
entre la tierra y el cielo;

Y cuanto en vaga demencia
ardiente el alma delira,
cubriendo con apariencia,
de la verdad la existencia
la magia de la mentira:

Son la expresión verdadera
de ese divino traslado,
cuya ilusión hechicera
es fruto de una quimera
que la verdad ha adoptado.



Pomposo, inconstante y vago,
un cisne, en formas apuesto,
mirando su sombra, enhiesto
cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen
tan limpia, fúlgida y clara,
necio las algas separa,
porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,
con tal placer los divisa,
que hasta le estorba la risa
que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,
yendo y viniendo inseguro,
busca el remanso más puro,
junto á la orilla más bella.

Y allí se está en su locura
una hora y otra admirado,
viendo el perfecto traslado
de tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua
mira su imagen pomposa,
mientras en calma reposa
la superficie del agua.

Y cuando el céfiro blando
la riza en grupos de espuma,
vano concerta su pluma,
á que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,
cualquiera ruta sin tino,
con tal que al ir su camino,
lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando
alguna nube sombría,
eclipsa su gloria, impía
la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen
de poner coto á su orgullo,
por más que en doble murmullo
las ondas de ello murmuren,

Con plácidos movimientos
siguiendo su sombra bella,
va orlando las aguas ella,
y él hermoheando los vientos.

En grato son, transparentes
mienten las aguas sonrisas,
húmedas suenan las brisas,
y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna
densa una nube resbala,
que oculta toda su gala
al cisne, sombra y laguna.

Porque ligera pasando,
como apariencia ilusoria,
deja en eclipse su gloria,
la luz del cielo eclipsando.

— Cisne, que en blando embeleso
admiras tu pompa suma,
ve mirando
que en tu quimérico exceso
en cada estanque una pluma
vas dejando.

Y como el aura prosiga
en resbalar turbulenta
por tus alas,
no mires tu sombra amiga,
pues te dará triste cuenta
de tus galas.

Mirando al agua que corre,
no engrías el delirante
pensamiento,
porque es muy frágil la torre
que tiene al agua inconstante
por cimientto.

Del roble la alta corona
el aquilón rebramando
rompe bronco,

y los arbustos perdona
que están el puerto abrazando
de su tronco.

Si tus plumas adoradas
perdiendo vas una á una,
¿qué te queda?
¡Ay! que en sus vueltas calladas
todo lo huella fortuna
con su rueda.

La vanidad insensata,
como el águila altanera
toca al cielo,
y cuando menos se cata,
ve que camina rastrera
por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa
la primavera de flores
vista al llano,
si luego en lumbre enojosa
la seca con sus calores
el verano?

¿A qué tu mente se sube
entre gloriosos desvelos
delirando,
si los eclipsa una nube,
la clara luz de los cielos
eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
la vanidad no se encumbe
de tu mente,
y que del cielo que adoras
no te se cierre la lumbre
de repente.

Y puesto que el seso pierdes
tu dulce sombra mirando,
oye atento;
tal vez en tu juicio acuerdes,
el triste fin recordando
de este cuento:

«Entre los rudos cantares
que incierto el aire mentía,
cruzaba un cisne los mares
mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,
en que las ondas calladas

no escupen sobre la arena
conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
en que el alma no oye atenta
más que los ecos perdidos
de la pasada tormenta.

Tocó á su término el día,
del mar bordando la alfombra
y viendo el cisne seguía
sobre las aguas su sombra.

Fuese la noche cerrando,
y en su constancia importuna,
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guía,
era, en su loco transporte,
cualquiera ruta su vía,
y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente
cruzaba el mar al acaso,
ya del ocaso al Oriente,
ya del Oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,
vagos preludios ensaya,
y alza tiernas barquerolas
el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago
sonando el mar, las riberas.
Mas ¡ay! que es sólo un amago
la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,
se muestra el mar tan sereno,
es que hondas las tempestades
hirviendo están en su seno.

¿Quién mira las flores bellas
de las praderas olientes,
y cobijadas entre ellas
ciego no ve las serpientes?

¿Quién las naves anegadas
mira del mar en la orilla,
que entre sus ondas rizadas
bote su frágil barquilla?

¡Ay del osado que excede
á su valor con su intento!
Mucho se expone á que herede
sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne florando,
que en su constancia importuna
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro
los vientos que el mar encierra,
á tan horrisono encuentro
tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones
del cielo las luces bellas,
y vomitando aquilones,
tocó la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas
para elevarse del suelo;
mas no advirtió que sus galas
volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes
todo su amor y ventura,
pese á sus alas flotantes,
el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento
á sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento,
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia.» —